

## Con P de puta (perra)

Itziar Ziga

“Y aquel que dice que no vende nada,  
que levante, que levante el dedo.”

Peret

“Toda chica está sentada sobre su fortuna, si al menos lo supiera”. Así comienza *Memorias de una madame americana*, la autobiografía de **Nell Kimball** que **Helen** puso en mis manos una tarde oscura para arrancarme de las garras de la tristeza. Este era el consejo que la niña **Nell** escuchaba en la infértil granja de Illinois donde se crió a mediados del siglo XIX en boca de su amada tía **Letty**, aquella “vieja puta que era la única persona amable que había conocido”. Gracias a estas palabras **Nell** escapó del destino que le esperaba en el pueblo: ser apaleada, violada y preñada hasta el fin de sus días. Gracias a la enseñanza de aquella puta retirada que atesoraba en una roída maleta vestigios de su clandestino pasado en un burdel de San Louis, **Nell** sobrevivió. Incluso fue feliz.

**Nell Kimball**. Ese es el nombre que nos ha llegado de ella, uno de tantos nombres que utiliza una puta a lo largo de su vida. Regentó uno de los salones más refinados y prósperos de Nueva Orleans, hasta que las autoridades clausuraron Storyville, el mítico barrio rojo, en 1917. Primero fue prostituta, después querida, se casó y fue madre, durante décadas madame, y más tarde mujer de negocios, pero el crack del 29 la devolvió a la ruina. Vivió hasta los 80 años, paseándose de editorial en editorial en busca de un valiente que se atreviera a publicar sus recuerdos. Aquellas páginas manuscritas eran una bomba, no vieron la luz hasta 1970, treinta y seis años después de su muerte. Todavía hoy, me temo que más que nunca hoy, la visión del mundo y de la condición femenina que nos dejó **Nell**, es dinamita.

**Nell Kimball** no pretende salvarse, no busca redención alguna ni para ella ni para las gentes y el mundo que conoció. No pide perdón por haber sido puta, ni por haber sobrevivido, ni por haberse comportado a veces como una auténtica rata. No reivindica, no idealiza, no endulza. (Esa determinación de acero la he encontrado más veces en otras putas. En junio de 2003, una trabajadora sexual y activista arrancaba su conferencia en el MACBA dentro de la *Maratón Posporno* advirtiéndome: “soy **Margarita Carreras**, trabajadora sexual o prostituta, cómo queráis llamarlo me es indiferente. No me va a cambiar a mí ni lo que pienso yo de mí misma.” Y yo no pude contener el llanto. A los pocos meses, en la misma sala, **Carla Corsó** concluía: “ya soy mayor, ya no necesito que nadie me acepte”).

Una tarde, la jovencísima **Nell** –que entonces era conocida como **Goldie** por su melena incendiada- y **Frenchy** –una prostituta italiana que apoyaba económicamente a Garibaldi y a los presos socialistas y que soñaba con poner bombas- observan apenadas a las chicas que escarban en las basuras de su burdel en busca de comida. **Frenchy** se lamenta: “Ahí están, **Goldie**. Seguramente casadas con pobretones holgazanes, preñadas cada nueve meses y sus tetas todas secas por culpa de una docena de bastarditos con

dientes que las muerden. Apuesto a que algunas de las chicas bonitas hubieran podido ser buenas putas, cielos”.

Necesito más que nada en el mundo brindar desde estas páginas empapadas por mi deseo y por mis lágrimas un arrebatado homenaje, reverencia, abrazo, a mis hermanas putas de todos los tiempos. A esas dos mujeres que contemplaban hace más de cien años desde la ventana de su condición ilegítima a las otras mujeres y padecían con ellas, y se rabiaban por ellas, y comprendían que sus destinos de mujeres y los de ellas, estaban marcados por la misma violencia primigenia y brutal. Mi reconocimiento como feminista puta no remunerada a todas esas putas feministas que me han infundido tanta fuerza.

### **Cristina y las señoras decentes**

Un sofocante mediodía cualquiera de este pasado agosto, en el programa matinal de TV3, se está debatiendo sobre si debe abolirse o no la prostitución. (No deja de asustarme la vuelta de tuerca prohibicionista que ha dado la opinión publicada en los últimos años, cuando el fin de milenio parecía abocarnos dulcemente hacia la regulación laboral del intercambio económico/sexual en Europa, en el peor de los casos). En el plató hay una trabajadora sexual y otras dos mujeres cuya implicación en el asunto no termino de comprender. A penas escucho cinco minutos de la conversación, que no es tal. Las dos señoras no dejan hablar a **Cristina**, la puta invitada en el programa. Mi enojo incrementa de tal manera el calor ambiental que decido enmudecer la tele.

**Cristina**, con su leonina melena platino, un escotazo de vértigo en el que una desearía precipitarse más que nada en el mundo y la piel perlada por el sudor –parece ser que las señoras no transpiran- trata de explicarse. Dice que ella tiene estudios, proviene de una familia acomodada y feliz pero que, de entre todos los trabajos que el mercado laboral le ofrecía en tanto que mujer, escogió el de puta. Entonces, una de las señoras –tapadita, como debe ser- interrumpe a **Cristina**. Le reprocha que, si es así, que si no se crió en un ambiente sórdido, desestructurado y sin horizonte, entonces ella, **Cristina**, a pesar de que hace unos cuantos años que se gana la vida como trabajadora sexual y que es activista por los derechos de su gremio, entonces ella, **Cristina**, no es representativa del colectivo de prostitutas y que no puede hablar en tanto que puta.

**Cristina** grita y no se deja acallar. La señora se ofende por el tono de **Cristina**. ¿Pero a quien se le ha ocurrido traer a un debate sobre prostitución a una puta? Es mucho más fácil hablar de ellas cuando no están. “Todavía sobre nosotras casi siempre hablan las personas expertas, las que nos han estudiado. Y hacen leyes sobre prostitución sin consultarnos a nosotras cual es la realidad de la calle, no lo entiendo. Cuando debatieron en el Congreso el tema, llamaron a **Dolores Juliano** que es doctora en sociología y ella dijo que iba a llevarme a mí. Aquel señor contestó: ¿es necesario que venga?”, me explicó hace años **Margarita Carreras**, trabajadora sexual y activista incansable en Barcelona.

Más de lo mismo: “he encontrado más reticencia entre las mujeres que entre los hombres para aceptarme como representativa, porque soy limpia,

hablo bien, tengo educación y modales que la gente no asocia con una prostituta”, me contó **Carla Corso**, auténtica pionera en el movimiento por los derechos de las trabajadoras sexuales en Italia y Europa. Las buenas mujeres, las decentes, las señoras, las que no son putas, pueden y deben callar a las otras, las extraviadas: de ello depende su permanencia en el estatus de feminidad legítima. Esa batalla de la buena mujer contra la puta se libra continuamente a escala social, pero también a escala íntima.

El problema es que el resultado de la contienda, no depende de la virulencia con que la buena se empeña en situarse por encima de la mala. De sobra sabemos que cualquier mujer en demasiadas circunstancias puede ser tachada socialmente como puta. **Gail Pheterson** lo explica en su imprescindible libro *El prisma de la prostitución*. Con el estigma de puta y el trato deshumanizante que este conlleva, pasa lo mismo que con la mujer del Cesar: no sólo hay que ser, hay que parecer. Parecer una puta y ser tratada como una puta es muy fácil en nuestro orden heteronormativizado. Es muy fácil caer en desgracia, sobre todo si eres pobre. Voy a citar literalmente a **Gail Pheterson**:

“El estigma de puta constituye un instrumento al alcance de cualquiera para realizar un ataque contra las mujeres a las que se considera demasiado autónomas, ya sea en defensa propia o en propia expresión, tales como mujeres que acusan públicamente a los hombres que las maltratan, lesbianas reconocidas, manifestantes a favor del derecho al aborto, mujeres que se oponen a los regímenes dictatoriales, prostitutas callejeras, mujeres que no llevan velo, o incluso mujeres cuyos pechos o cuyos pies se consideran demasiado grandes, es también apropiado para lanzar la sospecha sobre viudas, esposas maltratadas, madres solteras, mujeres que viajan –o se dirigen andando- a su casa solas, mujeres independientes que gozan de bienestar económico, mujeres que hablan una lengua extranjera, mujeres que son víctimas de un maltrato de orden racista y mujeres que cruzan la línea de color”. Incluyo en la lista, por la puerta grande, a las mujeres transexuales

El problema es que cuando una mujer se aferra a su decencia frente a una puta, suscribe el orden patriarcal que le arrebató tanto a ella como a la puta, por ser mujeres ambas, la capacidad de autonombrarse. Cualquier mujer tendrá que demostrar siempre que no es una puta. Como afirma **Helen**, nuestra **Zorra Suprema**: “nunca me importó lo que pensaban los hombres, estaba acostumbrada desde pequeña a escuchar cómo hablaban de las mujeres. Sabía que iban a tratarme como a una puta hiciera lo que hiciera, así que por lo menos iba a disfrutarlo”.

### ¿Por qué gritamos las putas?

Volvamos al plató de TV3, donde dejamos a **Cristina** defendiendo que, como trabajadora sexual y como activista, puede hablar de lo que ella conoce. ¿Por un jodido momento, alguien imagina que, pongámonos, **Cristina**, que además de puta no fuera madre, en un debate sobre maternidad, desautorizase a una de las tertulianas argumentando, por ejemplo, que parió cinco criaturas y que sin embargo, la media de hijos por madre actualmente se cifra en 1.8 nacimientos y que por tanto ella no es representativa ni su experiencia debe tenerse en cuenta? ¿Podemos imaginar que **Cristina**, que

sigue siendo prostituta, negase la voz a otra tertuliana invitada en tanto que empresaria por la simple circunstancia de que hubiese heredado la empresa de su padre y, según los barómetros manejados por **Cristina**, el 90% de las mujeres que lideran negocios se han hecho a si mismas?

Ante la duda de estar prejuzgando desde la peor saña, propongo formular la prueba del mundo al revés. Nunca falla. Cuando la oprimida pasa, a través de un inocente intercambio de rol hipotético, a ser opresora, el descuadre es brutal. Ahí nos damos cuenta de que **Cristina** llegó a ese plató ya desautorizada de antemano, por eso sudaba y gritaba. (Yo la entiendo, a mí me invade una nube roja de rabia cuando alguien –a veces personas muy cercanas a mí y a las que quiero- minusvalora mi análisis sobre alguna situación de violencia machista por haber sobrevivido al maltrato paterno. Parece que las putas no pueden hablar de prostitución ni las mujeres maltratadas debemos opinar sobre violencia de género. Interesante.) El cliente de **Cristina** negocia con ella, la reconoce como interlocutora válida. La señora que dice estar tan sensibilizada con la dignidad de las putas, no.

Yo no debo ser una señora, a pesar de que nunca me he sentido con la habilidad necesaria para manejarme a mi favor en el mercado económico/sexual con los hombres, y ya me gustaría a mí que las mujeres me pagasen por follar con ellas. (Hace años, un grupo de amigas en Barcelona, ideamos **Mujeres Horizontales**, servicios sexuales de mujeres para mujeres. **Diana Junyent Pornoterrorista** había tenido algunas clientas, pero en general, a pesar de que recibimos muchísimas peticiones por internet de interesadas, no terminó de arrancar el proyecto. Quizá sea porque a las mujeres nos cuesta culturalmente más pagar por sexo y, además, no solemos nadar en la abundancia monetaria. Eso sí, a **Diana** se le abrasaron las yemas de los dedos en el ordenador defendiéndose del ataque de algunas lesbianas y feministas decentes. Pero lo seguiremos intentando, aunque sea para incordiar.)

Insisto, yo no debo ser una señora, a pesar de que pago las facturas decente y precariamente con mi sueldo de camarera. Pero las señoras callan a las putas y a mí me encanta escucharlas. Creo que puedo aprender mucho de ellas acerca de cómo funciona este mundo desde su cotidianeidad clandestina. Quizá sea eso lo que les da tanta rabia a las mujeres de bien de las putas: que conocen lo que sus maridos esconden. Y que sus maridos pueden ser más amables y atentos con las putas que con ellas. De hecho, muchas putas a las que he leído o escuchado coinciden en desmentir el maltrato sistemático de los clientes hacia ellas. **Nell Kimbal, Virginie Despentes, Verónica Arauzo, Paula Rodríguez, Carla Corso, Margarita Carreras, Lydia Lunch...**

### **Un espejo donde (no) mirarse**

Putas y esposas son las dos condiciones socioeconómicas reservadas para las mujeres en el orden heteropatriarcal. (La tercera posición vital es la de monja, como señala **Gail Petherson**, las únicas mujeres que no pueden ni deben ofrecer servicios sexuales a los hombres aunque sí “trabajan gratis para una institución masculina como es la iglesia”. Ingresar en un convento ha supuesto una vía de escape a lo largo de los siglos para muchas mujeres que no deseaban morir pariendo una y otra vez, aunque la salvación puede ser una

trampa. Los hombres de la iglesia siempre han tenido a sus mujeres encerraditas. Y ellos se guardan una copia de la llave. La violación de siervas de Dios por parte del clero masculino es un rumor silenciado intramuros, aunque a veces estalla.)

“Las esposas y las putas son los prototipos respectivamente legítimo e ilegítimo de la condición femenina común”, señala **Gail**. El estigma es el mecanismo de control y segregación gracias al que la ilegitimidad de la puta es recordada. Pero habrá que atender a más factores vitales para decidir el nivel de satisfacción de cada mujer. Una mujer casada con un hombre tranquilo y respetuoso tiene en principio más papeletas para ser feliz que una puta maltratada por su chulo. Sin embargo, una trabajadora sexual autónoma vive más tranquila que la esposa de un hombre violento. Pero el estigma de puta predispone de tal manera las miradas que no es raro escuchar a una mujer maltratada decir de una puta: pobrecita. Aunque precisamente el matrimonio no sea una institución que pueda presumir de ser inmune a la violencia machista.

“La prostitución es un espejo fundamental para todas las mujeres del mundo”, dice **María Galindo** en la preciosa obra que acaba de publicar desde Argentina con **Sonia Sánchez**, *Ninguna mujer nace para puta*. Creo que ahí está la clave de la putafobia de las mujeres decentes: no quieren mirarse en ese espejo, se aferran a su exiguo privilegio de esclavas legítimas. Hay algunas que están peor consideradas que yo, parecen decir las señoras al callar a las putas. “La investigación sobre las penas e infortunios de las prostitutas raras veces nos recuerda la miseria y la desgracia de las mujeres en general, también en la más legítima de las relaciones, como es el matrimonio”, recuerda **Gail Pheterson**.

## ¿Trata de blancas?

Los argumentos que se utilizan siempre contra la prostitución suelen ir en dos sentidos que al final convergen. Uno es la inmoralidad y otro la denuncia de la violencia contra las putas. Respecto a la inmoralidad, nadie mejor que **Vero** para desarmar este ataque: “determinar que es lo que puedes o no hacer con tu cuerpo bajo un prisma moral dictaminado por la religión en una estructura social a la que hoy denominamos democrática no cabe”. Yo estoy con Vero, exijo desde aquí que dejen de reproducirme las estupideces y el odio que escupen por la boca continuamente los cuervos de la conferencia episcopal. Y menos aún en la televisión pública. No tengo porque soportar esa violencia. O al menos, después de escuchar a Rouco Varela, propongo que aparezca **Alaska** dando su opinión sobre el mismo tema.

La otra gran punta de lanza contra la prostitución tiene que ver con las mafias y la mal llamada trata de blancas, porque que yo sepa, precisamente lo que expone a millones de mujeres en el mundo a ser esclavas sexuales es su no blancura. Es innegable que existen situaciones de prostitución forzosa, siempre han existido. Creo que no hay que ser muy lista para señalar que es el machismo y la pobreza, aliados en pro de la subordinación de las mujeres, el marco social que propicia esta dominación extrema. En los últimos años, con el aumento de la emigración en Europa a causa del empobrecimiento generalizado de amplias zonas del mundo, los burdeles y las calles se han llenado de trabajadoras sexuales africanas, latinoamericanas, asiáticas y del

este de Europa. Las restrictivas leyes de extranjería de la vieja Europa condenan a millones de emigrantes a una situación de no existencia, de inviabilidad (aplicando a **Judith Butler**).

Esa no existencia, esa clandestinidad, ese régimen que niega la humanidad a millones de humanos, les expone además a una vulnerabilidad que permite el tráfico de mujeres y de niñas. Cuando se elevan las voces más escandalizadas contra las mafias de explotación de mujeres, echo en falta la denuncia de estas leyes de extranjería que las propician. El recién estrenado Ministerio de Igualdad acaba de aprobar unas medidas para “salvar” a las sin papeles de las garras de la esclavitud. A la prostituta que denuncie a sus proxenetas, se le premiará tramitándole la residencia legal. Y la que no delate a sus captores, será expulsada. ¿Alguien en ese iluminado ministerio ha tenido en cuenta el pánico que deben tener estas mujeres a las represalias contra sus familias en sus países de origen donde operan dichas mafias si ellas denuncian? ¿Desde cuándo la amenaza es una forma de ayudar a los más vulnerables?

Paso todos los días de camino al trabajo por la calle San Ramón del Raval, por las tripas del Barrio Chino. Últimamente, no hay putas. Varias redadas policiales contra las mafias de la prostitución han dejado las aceras desiertas. En realidad, sigue habiendo gente apostada en las esquinas: son los mirones y los clientes aburridos. Las putas dibujan el paisaje de estas calles desde hace siglos, inquieta no verlas. Inquieta por dos razones: por la fuerza de la costumbre interrumpida y por la pregunta que se hace **Diego** -mi amigo, abogado experto en inmigración y vecino de la calle San Ramón-: ¿a dónde se las han llevado?, ¿ya no están aquí pero dónde están? Supuestamente las han liberado de las mafias y de su medio de vida pero, ¿qué ha sido de ellas?

## Fan de Stella Polare

Igual que considero que serán mujeres como la activista gambiana **Mama Samateh** las que consigan acabar con la ablación, pienso que si alguien puede ayudar a las prostitutas esclavas son las trabajadoras del sexo más concienciadas y empoderadas. **Pia Covre** y **Carla Corso** trabajaron muchos años en una autopista italiana ofreciendo servicios sexuales y fundaron en 1983 la **Comisión para los Derechos Civiles de las Prostitutas**. Desde el 2000, coordinan en Trieste el proyecto **Stella Polare**, donde trabajan para la inserción socio-laboral de las mujeres víctimas de las redes de explotación sexual. Para ellas, la negación de la prostitución como trabajo y la rigidez legal respecto a la emigración son cómplices de estas mafias. También transmiten a las recién llegadas sus conocimientos del oficio, lo que ellas llaman elevar su capacidad de contratación.

Para **Carla**, ser una buena puta es: “mantenerse sana y aprender a negociar a tu favor. Dar lo menos posible a cambio de lo máximo. Aquí como en cualquier otro negocio funcionan las leyes del comercio, quien vende trata de dar lo menos posible y quien compra trata de pagar lo menos posible. Una prostituta muy segura de si misma tiene muchísimo poder, llamamos a los clientes “los pollos”, porque los desplumamos. Y también debe mantener el control de la situación para no ponerse en riesgo y para no perder la relación de poder. Por ejemplo, si tú sientes placer durante la relación con un cliente, él

no se debe enterar. Porque sino no te paga. Tienes que hacerle creer que tú también sientes placer pero que él no se de cuenta que lo sientes de verdad”.

**Pia** y **Carla** no son las únicas trabajadoras del sexo que conozco empeñadas en defender a las prostitutas más vulnerables: hay redes de apoyo y solidaridad entre putas en todo el mundo. Nada que ver con la imagen de dos histéricas tirándose de los pelos en plena calle por un cliente. Aquella mañana cuando las señoras impedían hablar a **Cristina**, ella trataba de explicar cómo considera, desde su conocimiento directo del mercado del sexo, que se puede ayudar a las mujeres que se encuentran en situaciones de peligro. No conozco a ninguna prostituta que afirme: mi trabajo es maravilloso y no tiene ningún inconveniente. Suelen ser muy críticas. Pero tampoco conozco a ninguna camarera, teleoperadora, dependienta, profesora o abogada que afirme tener el mejor oficio del mundo. Ni mujer ni hombre. Sin embargo, hay demasiado empeño en victimizar y silenciar a las putas, y en los últimos años, más que nunca.

Este tema me cabrea mucho, mucho. Respiro hondo. Últimamente, las televisiones ofrecen sin tregua reportajes de investigación sobre las esclavas sexuales. Visiones victimistas, alarmistas y claramente anti-prostitución. Otra vez más, utilizan la preocupación por la salud de las mujeres (como ocurre con las polémicas entorno al hijab y con la violencia de género) para reforzar los sistemas de control. Me asusta, como decía, el resurgir de los discursos abolicionistas de la prostitución, lo siento como un ataque hacia la libertad de todas las mujeres. Y echo de menos voces feministas que se alcen contra este intento de regresión. ¿Tan pronto hemos olvidado la perversa alianza entre feministas anti-pornografía y la ultraderecha en los Estados Unidos en los ochenta, relatada por **Raquel Osborne** en *La construcción sexual de la realidad*, auténtica topo en aquel vergonzoso capítulo?

### **Puestas a prohibir...**

Me muero de la risa cada vez que alguien propone prohibir la prostitución. Supongo que, tomando como ejemplo el gran éxito que ha supuesto en nuestras sociedades la ilegalización de algunas drogas –mercado negro, cárceles saturadas de pequeños traficantes, miles de muertes a causa de la inexistencia de un control de calidad, mafias, guerras, violencia, marginación,...-, deben pensar que el comercio del sexo puede ser erradicado de la noche a la mañana. A pesar de que mueve más dinero en el mundo que ningún otro. “Hay algo a primera vista que no entiendo. En la prostitución se realizan dos actividades perfectamente legitimadas en las sociedades capitalistas: se efectúa una transacción comercial y se establece una relación sexual mayoritariamente heterosexual y habitual entre dos personas adultas. ¿Por qué entonces recibe tanta condena?”, se preguntaba **Raquel Osborne** en el periódico feminista *Andra* de junio de 2002.

Pero venga, va. Juguemos al monopoli social. Abolamos la prostitución. Claro que no podemos ser tan irresponsables políticamente. No podemos dejar una revolución tan radical en la condición femenina, en la servidumbre de las mujeres al patriarcado, en las limitadas fuentes de ingresos de las mujeres, a

medias. Si abolimos la prostitución, hay que ilegalizar a la vez el matrimonio heterosexual. ¿Alguna se atreve? Y abocadas al delirio, para evitar que hombres y mujeres sigan emparejándose con un contrato ocasional o duradero por la fuerza de la costumbre y el deseo, segregamos a unas y a otros en reservas inaccesibles hasta borrar de su memoria todo rastro de género. ¿Alguna chorrada más que proponer?

Prostitución y matrimonio: menudas dos joyas nos ha reservado el orden heteropatriarcal a las mujeres. “Por lo general las putas se casan mal, y si se casan pobres, después de un tiempo se empiezan a preguntar por qué se lo están dando gratis a un cretino que no les da nada más que privaciones y nada de diversión. Normalmente empiezan a montar una clientela por las tardes, es cuando lees sobre algún marido que dispara a una pareja en una habitación”- reflexionaba **Nell Kimball** hace un siglo. Esa es la trampa: atacar socialmente a las putas para que las esposas se sientan privilegiadas y traguen con todo.

Y para ilustrar, si es que todavía alguien lo duda, como prostitución y matrimonio son hermanas siamesas, reproduzco unas líneas del apasionante ciber-relato que nos envía por entregas nuestra amiga **Verónica Arauzo**: *Aventuras y desventuras de una puta trans en el extranjero*. “Y entro de pleno en las vacaciones de escuela de no sé bien que fiesta típica, que me sitúan en un descenso importante de mis clientes, cosa que evidencia que los matrimonios de larga duración y estabilidad familiar se basan en los desahogos que el cabeza de familia se pega por hay para poder ser lo que en cuentas es, el cabeza de familia”.

## **Jo també soc puta**

A principios de 2005, al calor de la fascista Ordenanza por el Civismo en Barcelona, la no menos fascista Guardia Urbana de la ciudad –este cuerpo armado local es la policía europea más denunciada en Amnistía Internacional- extrema su acoso contra las trabajadoras sexuales de las calles del Raval. Las detienen cuando están tomando un café o en la parada del bus de vuelta a sus casas, las violan dentro de las furgonetas de patrulla. La impunidad es total porque casi todas ellas son sin papeles. Las activistas de **LICIT** –Línea de Investigación con Inmigrantes y Trabajadoras Sexuales- envían informes continuamente a la directora del Institut Català de les Dones, la feminista **Marta Selva**.

Pero Marta calla. Enfurecida por las noticias que me llegaban, acudí a la sede de **LICIT**. **Isabel Holgado** me atendió amablemente, a pesar de que estaban saturadas por el trabajo de denuncia y desesperadas por la falta de apoyos. **Isabel** me dijo: “la policía está deteniendo ilegalmente y violando a trabajadoras del sexo en esta ciudad y el Institut Català de les Dones no dice nada, ¿qué pasa?, ¿qué las putas no son mujeres?”. De esa época es una genial campaña de **LICIT** que consistía en camisetas y chapas rojas con el grito estampado en blanco “**Jo també soc puta**” y que se repartieron especialmente en los espacios de agitación feminista de Barcelona. Adoro esa campaña por encima de todas las cosas.

Todavía me hierve la sangre al recordarlo. Yo no pertenezco a ese feminismo. Al feminismo de las chicas buenas, blancas, europeas, arrogantes, solventes y decentes. Yo estoy con las putas, no con las que quieren salvarlas



y son cómplices silenciosas de su acorralamiento policial y social. Y antes de que me estalle la vena del cuello, voy a recordar a **Gladdy**, una puta feminista. **Nell Kimball**, la que fuera su jefa en un burdel de Nueva Orleans a principios del siglo XX, la describe así en su maravilloso autoretrato *Memorias de una madame americana*: “Tuve una puta llamada **Gladdy** que era partidaria de los derechos de las mujeres. Marchaba en los desfiles de Filadelfia y de Nueva York cuando había marchas a favor del voto femenino y se ponían alfileres en los caballos de los policías y se hablaba sobre ser iguales a cualquier hombre. **Gladdy** era una puta muy buena”.

Ahora, cada vez que escucho a una feminista anti-prostitución hablar con ese tonito de superioridad maternal, victimizante y despectivo sobre las putas, me río por dentro. ¡Nena, a lo mejor tienes que agradecer muchos derechos ganados como mujer a un buen puñado de putas que salieron a la calle a jugarse la vida antes de que tú nacieras! Siempre he sentido el palpito de **Gladdy** en mis venas, aunque hasta hace muy poco no supe de ella. Como **Gioconda Belli** bebió la sangre de una guerrera maya en un zumo de naranja en *La mujer habitada* y devino sandinista. Siento correr la alegría y la rabia de todas las putas que nunca se doblegaron en mis arterias.

## Las putas, nuestros fantasmas

Sinceramente, creo que el feminismo ha patinado con la prostitución. Es una cuenta pendiente. Y en la vida de cualquiera -más aún en la del movimiento político más liberador que haya existido jamás, al menos ante mis ojos- hay que tener cuentas pendientes. Sino estás muerta. Pero ya va siendo hora de que el feminismo se confronte con su mayor fantasma infantil: las putas. (Y digo infantil siendo benévola, en realidad hay una cúpula feminista blanca, liberal, puritana e institucional que no tiene nada de inocente y que cada día me pone los pelos más de punta). Suscribo plenamente estas palabras de **Raquel Osborne**: “el movimiento no fue capaz de aplicar su certero análisis del mundo del trabajo a la situación de las prostitutas”.

El feminismo destapó todas las mentiras patriarcales, redefinió el trabajo al poner sobre la mesa la responsabilidad de cuidado y mantenimiento de la vida que recae gratuitamente sobre las mujeres, reveló la falacia de la independencia masculina, desmanteló la naturalidad del género, denunció la violencia, destripó la familia tradicional. Pero no ha sido capaz, salvo en contadas y lúcidas ocasiones, de situar a las mujeres y a los hombres frente al espejo de la prostitución. Ni de hacer suyo el potencial subversivo que supone redefinir lo que significa ser mujer a través de la imagen de la puta. A pesar de que los relatos de algunas prostitutas que han ido cayendo felizmente en mis manos (*Memorias de una madame americana* de **Nell Kimball**, *Retrato de intensos colores* de **Carla Corso**, *Teoría King Kong* de **Virginie Despentes**, *Paradoxia* de **Lydia Lunch**) son los tratados feministas más explosivos que jamás se hayan escrito.

Ya se lo decía la tía **Letty** a la pequeña **Nell**: toda chica está sentada sobre su fortuna. Esta sexualización limitadora y extrema de nuestro cuerpo no la hemos implantado nosotras, como ninguna otra cosa en este jodido planeta.

Nacemos en un mundo establecido y terminamos aceptando la mayor parte de sus normas y trasgrediendo otras, eso es común a cualquier individuo. “Todas las mujeres tenemos algo que los hombres harían cualquier cosa por conseguir. Y están dispuestos a pagar muchísimo por ello. Si tú eres capaz de manejar bien, tienes un poder de contratación altísimo. No sólo en el caso de la prostitución, los hombres siempre pagan, o en el matrimonio o en las relaciones de pareja. Lo que le molesta a la sociedad de la prostituta no es que vaya con muchos hombres, sino que le haya puesto un precio a lo que siempre se hizo gratis” –me dijo una mañana la clarividente **Carla Corso**.

La bella y brutal **Lydia Lunch** habla así de la época en que descubrió cómo podía gestionar a su favor la irrefrenable atracción que sentían los hombres hacia su entropiada tras una infancia de abusos sexuales: “Estaba fascinada con el poder que tenía un coño, la manera en que los hombres se sentían atraídos por sus misterios, como si buscaran oro en tierra extraña. Una dulce flor de maldad, un instrumento de tortura y éxtasis. Un delicado capullo, fuente de engaño. (...) Follar por pasta era para mí la quintaesencia de la libertad”.

“Tardé años en aprender la profesión pero a los diecisiete ya sabía lo que era ser una buena puta y empecé a ganar muchísimo dinero. Pasé de una chavola a vivir en el mejor barrio de Buenos Aires. Todo esto con la construcción de mi identidad mujer, que era la herramienta que yo tenía para sobrevivir. Cuando tenía veinte años, las compañeras de mi zona de trabajo cansadas de que la policía las reprimiese, decidieron organizarse. A la primera reunión fueron unas trescientas trabajadoras del sexo, para mí fue una sorpresa increíble. Así comenzó mi activismo” –me contó **Paula**, que ahora tiene treinta y seis y es una guerrera puta feminista queer okupa incansable.

Desde que conozco a **Vero**, la he visto trabajar como camarera muchas veces. Manda en una barra mejor que nadie y prepara cócteles exquisitos. Pero gana en una semana lo que una noche de luna llena en el campo del Barça y se siente más libre cuando ella decide sus horarios laborales. Tiene muchas dudas respecto a cual será su futuro y no quiere ser eternamente precaria, igual que yo. Esta es su declaración de principios. “A veces me defino como trabajadora sexual anarquista capitalista, anarquista por destrucción de estructura y capitalista por comprensión de que, señoras y señores, mientras el sistema esté así de opresivo, hay mucha pasta con la minifalda. Y si para colmo resulta que entre las patas tienes una polla, también se gana. Igual tienes menos cantidad pero más caro.”

## **Un burdel okupado en las Azores**

La segregación entre chicas buenas y chicas malas es imprescindible para que todas las mujeres sirvamos al patriarcado. Vamos listas si nos creemos ese cuento. La colonización del cuerpo de la puta por parte de la señora (y de la feminista) es uno de los mecanismos más perversos a través del cual el orden heteropatriarcal domina el cuerpo de todas las mujeres. La putafobia es otra cara de la misoginia. He escuchado a mujeres extremadamente cultas e inteligentes argumentar las mayores estupideces sobre la prostitución, siempre en contra, claro.

Creo que, como decía **María Galindo**, si todas las mujeres nos atreviéramos a mirar nuestra estampa en el espejo de la prostitución, nos ayudaría mucho a entender qué significa socialmente ser mujer y dónde está el enemigo. A veces está dentro, muy adentro, agazapado entre miedos y prejuicios. **Vero** declara: “No son las amas de casa las que van a buscar las putas a la calle porque se han quedado cachondas e insatisfechas con el polvo del marido, son ellos quienes vienen a buscarnos. Porque durante mucho tiempo el control económico ha estado bajo la tutela del hombre que lleva el dinero a casa para la mujer y los hijos y el hombre decide qué coño hacer con el dinero que gana. Si el sector femenino pudiera hablar cara a cara sin tabúes ni tantas gilipolleces con el sector masculino, se comprenderían muchas cosas. Hablar cara a cara en vez de escupirnos.”

Hay un capítulo que **Alf** recuerda de su infancia en las Azores que me reconforta tras haber escupido mi leche más agria. “En mi barrio había un piso donde vivían prostitutas y cuando el propietario se enteró, las echó a la calle. Ellas vinieron llorando a ver a mi madre, **Josefa**. Ella tenía las llaves de la casa de una señora que se había ido emigrada a Estados Unidos hace cuarenta años, una amiga suya. Esta casa estaba vacía y mi madre les dio las llaves a las prostitutas, que por supuesto montaron un burdel. Yo tenía doce años o así y me acuerdo bien de la historia. Esto provocó un conflicto con el resto de mujeres del barrio y la propietaria de la casa acabó enterándose y se enfadó muchísimo. Alguna cotilla se había encargado de avisarle de que su casa estaba ocupada por unas prostitutas. Pero mi madre era muy firme en su pensamiento. Decía: son personas, necesitan una casa y hay una casa que está vacía hace cuarenta años”. Adoro saber que esas redes de apoyo entre mujeres –decentes y putas- han existido siempre, aunque a penas dejasen huella.

## La mala fama cuesta

El estigma de puta afecta a todas las mujeres, lo queramos o no. Por eso necesitaba vincular el género perra al trabajo sexual. De todas mis perras a las que entrevisté, solo dos han recibido dinero a cambio de sexo. No es casual que sean las dos transexuales de mi muestrario de perras, **Paula** y **Vero**. Aunque cada una de ellas tenga una trayectoria y unas luchas distintas respecto al trabajo sexual. Casi todas nosotras hemos producido nuestro propio porno desviado, o como **Annie Sprinkle** lo bautizara en 1991, nuestro posporno. Muchas hemos intentado varias veces dar el salto a la prostitución –especialmente como dómicas en el mercado sm o buscando clientas mujeres-, aunque, como confesaba hace unas páginas, sin demasiado éxito. ¿Quién dijo que era fácil ser puta? “Mi única decepción a nivel puta es no haber cobrado”, dice **Helen**.

Pero ser puta no significa socialmente sólo dedicarse a un determinado trabajo, ser puta marca la relación de servidumbre sexual de las mujeres hacia los hombres en nuestro imaginario colectivo. Las mujeres somos putas y los hombres hijos de puta cuando alguien quiere insultarnos. Por eso es tan trasgresor, tan irreverente, tan liberador, reapropiarse del simbólico puta. Puta porque yo lo digo. Como cantaba la rapera **Ari**: soy puta, puta como la vida misma. En el caso de nuestra manada de perras es, además, algo inevitable.

Porque cuando te gusta airear los muslos y ceñirte el cuerpo y reír alto y no callar lo que piensas y emborracharte cualquier día y no mantener compostura alguna y mostrar tu calentura y regresar sola a casa bien entrada la noche, eres una puta. Aunque tu medio de vida no sea el sexo.

El cuerpo de las mujeres (de las maricas, de las transgénero, de las emigradas, de todas y todos las que nacimos o devenimos sirvientas del orden patriarcal-capitalista) es un cuerpo sexualizado, es el cuerpo disponible y penetrable de la puta, como recuerda **Beatriz Preciado** en su iluminado *Testo Yonqui*. Sólo hay que contar la cantidad de agresiones sexuales por las que transita una mujer cualquiera a lo largo de su vida. Todas las respuestas a esa continua y devastadora violencia son legítimas. Nuestra respuesta de perras es: vale, mi cuerpo es el de una puta, mira cómo gozo, mira cómo me corro, mira cómo restrego mi cuerpo de puta con quien quiero, cuando quiero, donde quiero.

Hace más de un año, traté de colgar en el blog de **ex\_dones** un video que había grabado con **Majo** y **Elena-Urko** de **post\_op** al que llamamos como la canción que nos inspiró: *Siempre que vuelves a casa*. Maruja despeinada alcohólica –yo- prepara la comida a su garrulo –**Elena**- que vuelve de trabajar con el casco todavía en la cabeza y ganas de follarse a su mujercita en la cocina. Todo empieza como una típica escena de porno hetero hasta que la maruja, desnuda a su hambriento marido, lo pone culo en pompa y le introduce un pepino (presuntamente). Nos apetecía dar la vuelta a los roles, trasgredir, jugar, pero nos sorprendió gratamente que varias amigas se excitaran al verlo. Ese es el posporno que buscamos producir desde hace años: político y húmedo.

Así que traté de colgar el video en mi blog pero You tube lo retiró en pocas horas. Me ofende y me cabrea sobremanera que veten un video donde dos personas adultas juegan y se dan placer y sin embargo, adolescentes acosados en sus institutos –casi siempre la marica o la bollo de la clase- tengan que pelear para que las humillantes grabaciones donde son agredidas desaparezcan de la red. Incluso son emitidas en los telediarios con la excusa de concienciar contra la violencia en las aulas. Me parece aberrante que en horario infantil no permitan exhibir cuerpos pornográficos pero invadan nuestras casas con cuerpos sufrientes indefensos. Me insulta el criterio normalizado acerca de lo obsceno.

Hace unos días, una trabajadora sexual africana era brutalmente agredida por un desconocido. Otras mujeres que pasaban por allí la socorrieron y, de pronto, aparecen unas cámaras de televisión. Era de noche, la chica tenía la cara ensangrentada por los cortes de navaja y permanecía inmóvil en el suelo sobre una camilla antes de ser transportada a la ambulancia. Sus ojos brillaban aterrorizados bajo la despiadada luz de la cámara. Las imágenes fueron emitidas en los informativos. ¿Cómo se atreven a violar la extrema vulnerabilidad de una mujer que acaba de ser asaltada, de enfocar su desfigurado rostro? Me pregunto si hubieran sido tan desaprensivos si ella no fuera negra, ni puta, ni pobre. Aunque, me temo, cada vez van más allá de sus vastos límites.

Imposible olvidar la espantosa cobertura mediática que se ha hecho este mes de agosto del accidente de avión en Barajas. Cuerpos que no quieren estar ahí, ni en la pista de despegue del aeropuerto, ni en las salas de espera de los hospitales, ni en la pantalla de ningún receptor doméstico, ni en la retina

de nadie. Sin embargo, está socialmente convenido que somos nosotras las obscenas. Las perras, las que exponemos decididamente nuestros cuerpos, las putas, las actrices porno. Y por eso se veta la exposición voluntaria de nuestros cuerpos y se nos manda callar, incluso cuando hablan de nosotras.